RODRIGO GARCIA

Nací el veinticuatro de enero del sesentaicuatro.
Mi padre era carnicero.
Mi madre, frutera-verdulera.
Los amigos de la infancia: mano de obra barata
en fábricas lejanas o aprendices de Dieguito Maradonna.
De mí se esperaba algo grande: pasar al frente
del comercio de mi padre, ser carnicero,
enriquecerme.
Para esto me entrenaron a conciencia.
Con trece años descuartizaba reses de más de
docientos kilos.
Usaba un cuchillo grande,
uno pequeñito y muy afilado
y un serrucho para los huesos.
También separaba las frutas podridas de las buenas,
aplicando el mismo procedimiento
a las hojas negras empapadas de las lechugas.
Pensé que estudiando encerrado en mi cuarto,
comprando diariamente diez libros,
me sería posible escapar de aquella tortura familiar.
Y así fue, sólo que surgió un percance tonto:
elegí ser autor y director de escena.
De esta manera la desgracia resultó infinitamente
mayor.
Ahora trato con locos bastante más peligrosos que
mis amigos del barrio y mis progenitores:
actores, directores, público y hasta críticos.
Por supuesto, todos intelectuales, grandes personas.
Debería tener un hijo, hacerle al pobre esa faena.
Tendrá su propia carnicería, tendrá cuchillos,
máquinas de picar carne, sierra eléctrica .
En vez de una fastuosa enciclopedia ilustrada.
Tendrá un palacio.
Le llamará *Villa Meona*.
Y me dirá con los ojos llenos de lágrimas:
gracias papá.